



Llega a Chile el ardoroso libro "Historia de las orgías", de Burgo Partridge

Tres mil años de sexo, lujuria y perversión

El volumen hace un lúbrico recorrido por los más excesivos placeres de la carne, desde los refinados ceremoniales griegos hasta las desenfrenadas fogatas de Rasputín, pasando por las fenomenales partusas del Papa Alejandro VI.

Alfonso Cortés T.

Quien con qué todo tiempo pasado fue mejor y que hoy vivimos en una época particularmente proclive al desenfreno y a los desahos de la historia como los grandes viciosos y disolutos que se refocilaban en su propia decadencia moral, ahora tiene una buena oportunidad para dejarse de ahumarse y darse cuenta de que el mundo, desde que es mundo, ha sido escenario habitual de partusas, jéres amorosos y toda clase de alborotos genitales que la mente humana haya podido imaginar.

En efecto, recién publicado en Barcelona por Ediciones B, acaba de llegar a Chile el libro "Historia de las orgías", del inglés Burgo Partridge, quien describe en breves pero sustanciosas docenas páginas innumerables episodios de los hombres y mujeres que en todos los tiempos se han dedicado sin remisión a la total insatiable de la carne.

El volumen comienza con las frías y frías sexuales de los griegos, quienes cultivaban la orgía como medio oficialmente reconocido para liberar tensiones, a la vez que la servían como plato fuerte de sus numerosas festividades religiosas. Por supuesto, las fiestas más famosas, orgiásticas y disolutas se hacían en honor a la diosa Afrodita, cuyo lugar de nacimiento, la isla de Chipre de Pafos, fue un epicentro de sensualidad y lujuria desenfrenada, pero lejos del gran refinamiento que caracterizaba los cultos griegos del amor y la belleza: hermosas muchachas bailaban confusamente la danza de la diosa en el mar y la salaban con flores, para luego bañarse ellas mismas "en aguas empujadas que corrían entre maras de maris sagrado y en bondonadas cubiertas de almendros floridos, en preparación para los ruidosos orgasmos de amor".

Alzante mentes pulcros, los romanos sentían escombros que le ponían la carne de gulas lúdicas al más degenerado de nuestros psicopatas. Burgo Partridge sostiene que "el pueblo romano ha sido el que ha emprendido el experimento orgiástico con resultados más espectaculares, pero también más despreciables". Los emperadores, por cierto, eran los que llevaban la batuta de la perversión y la crueldad, como en el caso de Heliofilo, quien adentró dentro a los senadores y los caballeros de Roma: rituales que incluían por lo bajo sacrificios humanos y quemazón de genitales coronados de adolescentes.

Durante la Edad Media y el Renacimiento la fuerza se trasladó a los obispos, monasterios e incluso al mismísimo papado. El cura Tato queda como niño de pecho al lado de sacerdotes como Anghelino, que entregó a los marzales de la abadía para darle mejores comodidades a su hija de concubinas, o Enrique III, a quien se le conocieron 65 hijos ilegítimos, o los monjes de Saint-Théodard, que imponían el "derecho de la primera noche" a las candidas recién casadas. Pero el campeón de las partusas fue el Papa Alejandro VI, cabecilla de los Borgias, que solía castigar con feroz fustas, saluaciones baldas de buena conciencia conexas de malicia, competencia de como inintermitentes y espectáculos sexuales de bromes corrientes en celo. En fin: qué no hizo Su Santidad.

Numerosos personajes famosos por su propensión a las diversas tentaciones del sexo continúan el histórico panorama de "Historia de las orgías": los verdaderos del Marqués de Sade o las estruendosas sesiones de magia y amor del poeta Alexander Crowley. El breche da oro lo pone el misterioso poder de seducción de Gregor Yefimovich Rasputin, quien solía ir con sus fétidos al bosque, donde bailaban frenéticamente alrededor de una fogata, hasta que se oían gemidos y suspiros. Entonces las llamas se extinguían y, desde la oscuridad, Rasputin exclamaba: "¡Probad vuestras carnes!".

Señoritas avezadas

A fines del siglo diecisiete, Londres estaba llena de lupanaras y casas de huida para que los perimetres y los galanes fueran a liberar sus fantasmas. En el Club de Bani, por ejemplo, festejaban señoritas muy avezadas en los artes amorosas, como Oyster Moll, cuya saga de la vida, está siempre bien dispuesta a comer boquetes entre un regimiento de guardias.

El fundador del club era profesor de danza y admitió a quien quisiera asistir a sus ágiles sesiones coreográficas, donde los socios "eran libres de menear al futuro y apretar sus miembros al ritmo de cualquier melodía", y así ponían "por gracia de un baile, sus culos a tiro para otro".

Cuando las bailarinas querían probar otras danzas, disponían de unos cuartos especiales, pero siempre había quienes no podían permitirse ese lujo y, en consecuencia, satisfacían sus deseos en el suelo, entre los pies de los bailarinas.

El mundo siempre ha sido escenario de alborotos genitales de todo tipo.



Tres mil años de sexo, lujuria y perversión [artículo] Alfonso Cortés T.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cortés T., Alfonso

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tres mil años de sexo, lujuria y perversión [artículo] Alfonso Cortínez T.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile